



Hoy comienza la primavera de forma oficial. Otra cosa es la primavera «oficiosa», que suele adelantarse en los distintos «veranillos» que preceden a las fechas marcadas del calendario. Todos tenemos la experiencia, sensorial y «huesal» (porque el frío se mete hasta los huesos), de los primeros signos del calor que se promete, que viene de forma sorpresiva y se va como si en un engaño otra vez tornara el invierno. En este juego del «invierno que se va-primavera que se adivina», vence siempre la primavera.

La Iglesia no es ajena a este juego de la madre naturaleza. En estos últimos tiempos estamos asistiendo a una «primavera que se promete» y a un «invierno que se resiste» a desaparecer.

¿Cuáles son los signos del «invierno reticente»? Frío que entumece, viento que azota y humedad que empapa. El frío de los pecados cometidos, porque la Iglesia toca barro, camina en parques y en lodazales, y no se libra del cieno que forma parte de esta humanidad, real y visible; este frío que nos imposibilita y nos paraliza. El viento de las ideologías agresivas y disolventes, que hacen de cualquier religión algo nocivo, caduco o necesariamente prescindible; el viento de los poderosos que no soportan las voces proféticas; el viento de los nuevos creadores de ídolos que quieren reducir la fe a una «forma domesticada» de vida espiritual. Queda la humedad invernal, que en la Iglesia se hace patente en la sensación de incomodidad, de «pasma», de búsqueda de refugio seco y cálido que nos reconforte... ¡aunque sea fuera y lejos de la «casa madre»!

La primavera, como decíamos al principio, se hace esperar, pero siempre viene. Se nota en los días que alargan, en las flores que estallan y en la tibia temperatura que nos hace revivir. La Iglesia ve cómo la luz siempre se renueva en Pascua: ¡la luz pascual! Este año, Francisco, el «papa/Pedro-argentino-jesuita-con nombre franciscano» proclamará en la noche pascual: «¡No está aquí! ¡Ha resucitado!» y los creyentes en Cristo Jesús volveremos a ver en la luz de la noche Pascual el motivo para creer que ha llegado la primavera.

El papa Francisco hasta el momento ha hecho gala de hermosos y proféticos gestos que apuntan la dirección en la que quiere que vaya su pontificado. Quizás

algunos pedimos no sólo gestos, sino decisiones y giros. Decisiones que hagan patente en la actualidad, la misericordia y la hermosura del evangelio de Jesús. Giros que devuelvan el atractivo y la luminosidad de una fe que se ha ido tristemente enmoheciendo.

Sólo me atrevo a dar un apunte en este «año de la fe». En una sociedad tocada por la «racionalización», «utilidad» y «eficacia» de todo, ¿no habría que volver al camino de la sensibilidad, de la poesía, de la belleza, de la ternura, de las posibilidades del ser humano para acceder a la fe? Si sólo educamos en lo «visible», «calculable», «medible», «ponderable»; si sólo medimos el valor de todo por los «intereses» y «beneficios» que nos pueden acarrear... estamos cerrando de forma hermética el camino a la fe. A cualquier fe religiosa en Dios, y por supuesto a la fe cristiana.

La primavera de la Iglesia es posible; la fe como don precioso es posible. La esperanza en el mundo y en el ser humano es posible. ¡Feliz primavera de la Iglesia!